

HENRY BEYLE, ANTECEDENTE LITERARIO DE ALFRED ADLER

Luis García Vega
Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

Julian Sorel, protagonista de la novela *Rojo y negro* (1831) de Stendhal, fue un niño odiado por su familia y, debido a su especial inteligencia, envidiaba a los que por el simple hecho de nacer en una familia eran nobles o más ricos que él. Todo ello le hace sentirse inferior y se esfuerza por rebajar y humillar a los que considera que están por encima de él.

La formalización científica del argumento de esta novela, a la luz del "carácter neurótico" de Adler, será el objeto de este trabajo.

ABSTRACT

Julian Sorel, the central character of the 1831 Stendhal novel "Red and black", was a boy hated by his family. Although intellectually endowed, he tended to feel inferior respective to those who, just by birth, were wealthier or noble. He hated them himself and thrive to humiliate them to make them feel miserable.

The scientific formalization of this novel, lightened by Adler's definition of the "neurotic character" is the topic of this paper.

Henry Beyle nació en Grenoble en 1783 y murió en París en 1842. Cuando apenas tenía siete años murió su madre, a la que él recuerda como el "alma y la alegría de la familia", en tanto que su padre era un déspota y "mala persona". Beyle era un pensador ilustrado, viajero incansable y llegó a participar en algunas campañas de Napoleón. Entre 1830 y 1836 fue cónsul de Francia en Trieste y Civitavecchia, en los Estados Pontificios. Una larga historia de amores marca su vida y su obra literaria. En 1831 publicó la novela *El rojo y el negro, crónica del siglo XIX*, bajo el seudónimo de Stendhal. El joven Julian Sorel es el protagonista de esta obra.

Alfred Adler nació en Viena el año 1870 y murió en Aberdeen (Escocia) el año 1938. Hizo en Viena la carrera de medicina y luego se especializó en psiquiatría. Pronto formó parte del círculo de psicoanálisis vienés, llegando a ser presidente de la Sociedad Psicoanalítica de Viena. Aunque sus relaciones con Freud fueron al comienzo muy intensas, pronto se separó de él para fundar en 1911 la Escuela de la Psicología Individual. Para Freud la causa de la neurosis había que buscarla en el "complejo de Edipo reprimido", en tanto que para Adler estaba en el "sentimiento de inferioridad". La obra más importante de Adler es *El carácter neurótico*, escrita en 1912.

Según Adler, la "inferioridad constitucional y otras situaciones infantiles", tales como ser un "niño odiado" por la familia, propician el desarrollo de un "anormal sentimiento de inferioridad" que le empuja a poner todo su empeño en "sobrecompensar" tal sentimiento, avivando el afán de "estar arriba", fijándose una "meta ficticia", un "proyecto erróneo" y para lograrlo manifiesta un "estilo de vida" agresivo o "masculino", al que Adler llama "carácter neurótico", que describe como una conducta obsesiva, rígida, indecisa, hipersensible, exagerada, aferrada a la meta ficticia (A. Adler, *El carácter neurótico*, pp. 39, 48-49, 75, 86. También *Práctica y teoría de la psicología del individuo*, cap. IV y p. 169 y Adler, "La psicología del individuo", pp. 60-66).

Stendhal hábilmente logra crear un personaje a la medida del perfil psicológico del "carácter neurótico" de Adler. Pero, no por ello podemos reconocer a Stendhal como el fundador de esta escuela. *Rojo y Negro* es un relato idiográfico de un personaje imaginario en el que se suceden toda una serie de acontecimientos en un espacio y tiempo concretos. Su obra es una novela, aunque ciertamente psicológica. La obra de Adler tiene otro sesgo diferente, aunque con abundantes ejemplos clínicos, es fundamentalmente nomotética. Su contenido está formalizado según criterios de la lógica de la ciencia y, en última instancia, toda ella se orienta hacia una metodología terapéutica que Adler crea.

Stendhal construye una novela en la que en Julian predomina el pensamiento sobre la acción. Los pensamientos se refieren una y otra vez a su sentimiento de inferioridad frente a los demás y a la preparación de la acción para sobrecompensar tal sentimiento. En una frase resume Stendhal la constante tortura interior de Julian: "en aquel ser singular, casi todos los días había tormenta", porque su mente estaba en "estado de imaginación revuelta". Es significativo el poder que confieren al pensamiento tanto Stendhal como Adler.

En las pocas páginas de este escrito me gustaría formalizar psicológicamente, sobre la base de la teoría del carácter neurótico, la gran riqueza argumental de la vida de Julian Sorel.

La novela *Rojo y negro* empieza cuando Julian estaba a punto de cumplir diecinueve años. Julian es un joven delgado, alto, esbelto y gracioso y "denotaba más agilidad que vigor". Sus rasgos eran irregulares, pero delicados, su cutis fino y de nariz aguileña, sus ojos eran grandes, negros, hermosos y sus cabellos rizados. Su gran palidez, su mirada tan dulce y su porte tan femenino hicieron pensar a la Sra. de Rênal cuando le vio por primera vez que era "una muchacha disfrazada que acudía a pedir algún favor a su marido". Todos estos rasgos, más próximos a la hermosura femenina que a la robustez masculina, fueron la causa de que Julian vivió siendo despreciado y odiado por su padre y hermanos, que eran rudos campesinos. La debilidad de Julian le incapacitaba para los duros trabajos de los que la familia dependía económicamente.

Julian era un niño normal, pero se sentía inferior físicamente en su familia. Ya Adler, con gran acierto, observó que: "Los niños orgánicamente sanos pueden ser artificialmente colocados en la misma situación de deficiencia que si sus órganos fueran defectuosos. Si, en muy temprana edad, hacemos su tarea tan pesada que inclusive con órganos relativamente normales no pueden enfrentarse, entonces se hallarán en idéntica situación adversa a la del defectuoso físico y, sumergidos en la misma insoportable condición de esfuerzo, responderán en forma errónea en cuanto la vida los ponga a prueba" (Adler, "Psicología del individuo", p. 60). Esto mismo sucedió a Julian.

El padre de Julian, conocido en el pueblo por "el tío Sorel", era un viejo aserrador y carpintero; de cabellos blancos, testarudo, analfabeto, bruto, avaro, despótico y de mal genio. En la novela no se dice ni una palabra de la madre, tal vez quería el autor con ello destacar la absoluta falta de temura en la que Julian creció. Julian es el menor de los hermanos, todos son varones, "obreros rudos", a los que Stendhal describe como "una especie de gigantes que, armados con pesadas hachas, troceaban pinos para llevarlos luego a la sierra". Tal brutalidad y fuerza contrasta con la débil constitución de Julian.

El "tío Sorel" despreciaba a su hijo por su debilidad y lo consideraba una carga para la familia. Por cualquier cosa le pegaba hasta hacerle sangre. "Maldito holgazán", "asqueroso tragalibros", "maldito hipócrita", eran algunos de los múltiples apodos que utilizaba para dirigirse a él. Jamás le llamó por su nombre. Sus hermanos le envidiaban y odiaban hasta tal punto que, en cierta ocasión, simplemente por ver a Julian con el traje negro y limpio de preceptor, aprovechando que estaba paseando solo por el bosque de las afueras del pueblo, le golpearon hasta el extremo de abandonarle "desvanecido y lleno de sangre".

Julian se siente odiado por su familia y muchas son las ocasiones en que lo reconoce: "¿y quien soy yo, sino una especie de niño abandonado, odiado por mi padre, por mis hermanos, por toda la familia?". En otro lugar: "mi padre me odió desde la cuna; esta ha sido una de mis mayores desgracias". Tal obsesivo pensamiento de haber sido un niño abandonado y odiado le acompañó hasta el trágico momento de su ejecución en el que se siente solo "como una barca abandonada en medio del océano", a pesar de la incondicional entrega de las dos mujeres que tuvieron la desgracia de enamorarse de él.

Cuando Julian va a morir es visitado por su padre y todo su pensamiento es: "Ahora viene, en el momento de mi muerte, *para darme el golpe de gracia*". En realidad, el padre tan solo se muestra interesado por Julian cuando este le confiesa que tiene unos ahorros y que parte se los deja a sus hermanos y el resto para él. Ante la actitud interesada del padre, Julian repetirá, una y otra vez, cuando queda solo: "¿Este es el amor paterno!"

Julian va dejando odio allá por donde pasa y no por otra razón sino porque él es el primero que odia, porque sí, sin razón alguna. Incluso Stendhal, su autor, en ocasiones no oculta el rechazo que siente por Julian a pesar de que, en muchos aspectos, puede esta novela ser su autobiografía. Así, en cierta ocasión define a Julian como: "Aquel ser, cuya norma ordinaria de conducta estaba fundamentada en la hipocresía y la carencia de todo sentimiento amable". Hábilmente el autor con su relato va trocando en el lector el primer sentimiento de compasión y buenos deseos -a consecuencia del trato que recibe de su familia al comienzo de la novela- por odio y satisfacción, al final, por la justa ejecución de este desalmado ser que va dejando dolor allá por donde pasa.

El trato que Julian recibió de su familia en los primeros años de su vida le va a colocar en la posición de hombre odiado, abandonado, rechazado. Situación que se prolonga a lo largo de su existencia en el seno de la sociedad. Esta característica de "niño odiado", abandonado, rechazado pasa en el neurótico a formar parte, a "sustancializarse" como rasgo propio de su personalidad y, a pesar de ser casi siempre bien recibido por los demás y de sus éxitos sociales, intelectuales y como seductor, él siempre tendrá que soportar el inexorable peso de este rasgo. Como contrapartida, Julian, de hecho, termina siempre odiado por los que le conocen, porque él "despreciaba profundamente a todos los que le rodeaban", porque los tenía por enemigos. El odio del neurótico es presente más que sobre acontecimientos ya pasados, es como el de una víbora que necesita picar para liberar su veneno en quien está cerca. Stendhal aclara sutilmente esta característica. Julian odia al marido Sr. de Rênal mientras esta junto a él y si dejara de verlo "durante ocho días había dejado totalmente de pensar en él" y, por tanto, dejaría de odiarlo.

Por el odio que recibió de su familia, Julian llega a renegar de ella. En el momento en que llega a triunfar cambia su apellido familiar por el de "Señor de la Vernaye", atreviéndose incluso a pensar que sus padres naturales son otros, justificando también su profunda aversión a su padre: "será posible que sea efectivamente hijo natural de algún gran señor desterrado en nuestras montañas por el terrible Napoleón... Mi odio hacia mi padre sería una prueba... En este caso *ya* no sería ningún monstruo!"

Julian se siente inferior personal y socialmente, hasta tal extremo que, en cierta ocasión, deseando matarse por lo que mal interpretó como un desprecio de Matilde, él piensa que debería ir a un bosque desconocido y lejano y allí matarse, pero después de quitar las iniciales de su ropa interior para que, desconocido, nadie pudiera pensar en él, haciéndole inferior. En frecuencia reniega de su nacimiento y en cierta ocasión piensa: "mirad lo que tiene el nacer hijo de un carpintero. Se puede llegar a ser sabio, hábil; pero la nobleza de corazón..., eso no puede aprenderse". En el momento del juicio, en un patético discurso dirigido al jurado, Julian reconoce su condición social inferior y que

muere porque, siendo inferior, quiso ser superior: "...no me cabe la honra de pertenecer a vuestra clase; para vosotros soy un campesino que se ha revelado contra la ruindad de su fortuna... "Este es mi crimen, señores, y será castigado con tanta mayor severidad cuanto que, en realidad, no me juzgan mis iguales. No veo en los bancos del jurado a ningún campesino enriquecido, sino únicamente a unos cuantos burgueses indignados..".

Julian siempre se sintió inferior, cuando en realidad su familia no es indigente; su padre tiene una sierra y hasta tiene dinero; pudiendo ser considerado como un hombre de buena posición. Pero, Julian, en vez de reconocer lo que tiene, piensa que está debajo de otros; piensa en su "humilde cuna". En cierta ocasión se queja de que lleva zapatos -lo que pocos del pueblo pueden llevar- porque ve que el conde Norbert lleva botas y espuelas: "...y yo he de ir con zapatos, al parecer como un subalterno". Julian piensa en los que son más ricos que él, en los nobles, en el clero que obtiene pingües beneficios y en Napoleón y los altos militares que ganan las batallas y se siente inferior, por debajo de todos y dedica su sagaz inteligencia a fijar las metas de su vida que le permitan colocarse por encima de los demás. Pero Julian vive odiado, en una familia a la que aborrece profundamente y a la que no puede, por ello, tomar como modelo de vida. Debe hacerse él solo, buscarse sus propias metas, sus modelos de vida, y es así como: "su vida solitaria, hecha tan solo de imaginaciones y de recelos" le hace poner en marcha su especial inteligencia para buscar esos modelos en las más variadas fuentes.

Poco dice Stendhal de la infancia de Julian; pero lo suficiente para que el lector conozca las fuentes de lo que va a ser el guión de vida de Julian. El mismo confiesa en cierta ocasión: "Nunca he ido a la escuela, era demasiado pobre. Los únicos hombres con quien he hablado han sido mi primo, el cirujano militar, miembro de la legión de Honor y el Padre Chelán". A ellos debe Julian su afición por la lectura. Estaba de pensión en casa del "tío Sorel" un viejo, pariente, cirujano militar que hizo con Napoleón toda la campaña de Italia en 1796 y que, por sus méritos, llegó a alcanzar la Cruz de la Legión de Honor. Este viejo militar relataba a Julian las grandes batallas de Lodi, Arcole, Rivoli, etc. con tal entusiasmo que Julian le escuchaba "lleno de fervor". De él aprendió Julian también algo de latín y el hábito de la lectura. Cuando murió este viejo militar le dejó a Julian la Cruz de la Legión de Honor y una buena colección de libros de proezas militares a los que Julian consideraba y de los que aprendió a concebir la vida como una batalla en la que se ha de vencer siempre al enemigo. "¡A las armas!" era una frase muy repetida por el viejo militar, frase "heroica para Julian", que con frecuencia se repetirá en su accidentada vida. Stendhal también describe como Julian en su "primera infancia" se "convirtió en un gran entusiasta de la carrera militar". En cierta ocasión, pudo Julian ver y admirar junto a su casa a "unos dragones del 6º, con largas capas blancas, y la cabeza cubierta de cascos con largas crines negras que volvían de Italia".

Además, desde niño Julian lleno su cabeza de toda clase de fantasías de grandeza entre las que forman parte la conquista de damas distinguidas: "en todos los castillos en el aire que había construido en su juventud, se había dicho que ninguna dama del gran mundo desdeñaría hablarle cuando luciera un hermoso uniforme".

Por su cuenta Julian alimentó el entusiasmo militar leyendo una y otra vez -devorando- los boletines de "La Grande Armée", ejército organizado en 1804 para invadir Inglaterra, las campañas de 1805 y 1806 y también la campaña de Rusia (1812). Julian leía con interés también el Memorial de Santa Elena, publicado en 1822 y 1823 por el conde de Las Cases, en donde recogió las conversaciones que tenía con Napoleón en el destierro compartido. La vida de Napoleón y sus hazañas le llevaban de entusiasmo, considerándole como "el hombre enviado por Dios para los jóvenes franceses", a la vez que le servía de eficaz aliciente el hecho de que Napoleón era, como él, de origen oscuro y humilde y, a pesar de eso, "se había hecho el amo del mundo con su espada"; y él, con sus dotes excepcionales, por qué no podría alcanzar la misma gloria.

El viejo Padre Chelán, párroco de Berriores, enseñó a Julian latín, teología y le hacía aprender de memoria libros enteros de la Sagrada Escritura; siendo por ello Julian

admirado por todos cuantos le conocían. Julian leía el Nuevo Testamento y el libro *Del Papa* (1819) del Sr. de Maistre, un gran teórico de la contrarrevolución; pero, en realidad, confiesa Stendhal", creía tan poco en uno como en otro". El los estudiaba porque comprendía que del párroco "dependía su suerte en el porvenir".

Otro acontecimiento marcó la vida de Julian. Cuando tenía catorce años se construyó en su pueblo una magnífica Iglesia que tenía "cuatro columnas de mármol cuya visión impresionó a Julian". También Julian intentaría, aunque con poco éxito, coquetear con la Iglesia.

La lectura de las *Confesiones* de J. J. Rousseau (1781 y 1788) constituyeron también una fuente de normas de comportamiento para Julian, siendo "el único libro con cuya ayuda su imaginación se figuraba el mundo".

Todo esto fue lo que hizo que Julian fuera de un modo peculiar; así fue forjando unos sueños de grandeza con los que elaboró todo tipo de complicadas estrategias para colocarse por encima de todos; como el gavilán que en cierta ocasión él contempló desde la cima de un gran peñasco, volando sosegada y majestuosamente, allá en las alturas por encima de todo. Julian, fascinado, "envidiaba aquella fuerza, aquel aislamiento".

Todas estas son las armas que Julian va forjándose en su mente para ser utilizadas en su vida, concebida como una constante batalla. Pero, el carácter neurótico de Julian siempre le hizo ver fracasos donde tuvo éxitos, porque así lo pensaba y su pensamiento era el más potente instrumento de su vida. En cierta ocasión al salir victorioso de una aventura que el califica de fracaso, no se le ocurre otra cosa que pensar: "indudablemente, carezco de elegancia en mis modales, mi manera de hablar es pesada y monótona. ¡Dios mío! ¿Por qué soy como soy? Esto mismo se manifiesta cuando, después de conseguir el amor, lo más deseado de dos adorables y hermosas criaturas, en vano sigue buscando sin descanso y sosiego el remedio de sus negativos pensamientos. Incluso, confundido, piensa en la muerte como última solución; pero no la muerte que los hombres piden para él, sino la que él desea y que su vil cobardía le impide alcanzar.

Dos alternativas tiene Julian para triunfar: "La carrera de las armas o la de la Iglesia". En la primera consigue llegar a ser teniente del glorioso regimiento número quince de húsares, aunque por poco tiempo. Pero Julian siempre se sentirá aspirante a clérigo, porque él pensaba, con buena lógica, que en los tiempos en los que le había tocado vivir, Francia estaba en paz: "cuando Bonaparte comenzó a destacar Francia tenía una invasión; el prestigio militar era necesario y estaba de moda. Hoy día ya vemos que sacerdotes de cuarenta años tienen cien mil francos de sueldo; es decir, tres veces más de lo que ganaban los mejores generales de Napoleón...". Este y otros pensamientos parecidos le hacen a Julian soñar con "esa hermosa condición de sacerdote con la que se puede llegar a todas partes" y, después de pensar una y otra vez en sus ventajas, concluye: "Hay que hacerse clérigo", y hasta no le extraña que pudiera llegar a cardenal: "¡cuantos cardenales nacieron siendo menos que yo y han gobernado!, mi compatriota Granvela, por ejemplo". En realidad, Julian intenta ser clérigo y no pasa de ser un seminarista. En donde ciertamente triunfa Julian es en el amor y así lo piensa al término de su vida: "Esta visto que es mi destino servirme de este instrumento, primero en Verrières y luego aquí", se refiere Julian a sus dos conquistas amorosas.

Es así como Julian se fija la "meta" de su vida, que, como bien dice Adler, le confiere un cierto grado de "unidad a la personalidad", gracias al llamado "plan de vida de orientación único", que en el neurótico "se destaca con particular claridad", llevándole, además, al más alto grado de polarización inflexible y férrea hacia el "objetivo final ficticio". El neurótico vive con una preocupación obsesiva por alcanzar la meta, ya que está "apresado en las redes de la ficción y por eso se marca un plan

rígido". Stendhal describe en la vida de Julian todos estos hechos. Julian apenas se distrae de esa "línea directriz" o de "orientación" que le lleva a la "meta final ficticia". Tan solo en una ocasión parece querer abandonarla, cuando, después de la primera victoria sobre el amor, se refugia en el hermoso paisaje de una abrupta montaña con el deseo de tener una vida más tranquila. Pero pronto, allí se empieza a preparar para la siguiente batalla. Julian centra toda su energía en seguir una estrategia para lograr su objetivo, él no vive fuera de tal objetivo, se halla condicionado a él, vive -diría Adler- obsesionado y encadenado a la "línea directriz primitiva" marcada en su vida desde su infancia y la sigue al pie de la letra porque el objetivo "es percibido como una especie de deidad". La idea del "deber" no se apartó en ningún instante del pensamiento de Julian: "temía al arrepentimiento y al ridículo eterno si se separaba del modelo ideal que se había propuesto seguir", señala Stendhal.

Stendhal relata los principales acontecimientos de la vida de Julian Sorel en tres escenarios: La casa del Sr. de Rênal, alcalde de Verriores, el seminario de Besanón y el palacio del marqués de La Mole.

Julian es inteligente y el Padre Chelan, por sus excepcionales dotes le recomienda como preceptor del Sr. Rênal, alcalde de la pequeña ciudad de Verriores, una de las más bonitas del Franco Condado. Es así como Julian, estando a punto de cumplir los diecinueve años, abandona su familia, el odioso hogar que le dejaría marcado para el resto de sus días, para establecerse en la casa más importante de su pueblo.

El matrimonio Rênal acoge de buen grado a Julian y pronto le aprecia por sus conocimientos y habilidades pedagógicas y los niños le adoraban, aunque él no les quería, porque su pensamiento estaba lejos, ya que "solo sentía odio y horror por la alta sociedad en la que se le admitía". Julian encontraba muy bella a la señora de Rênal, pero "la odiaba a causa de su belleza". En realidad, para Julian esta familia "representa a todos los ricos y exploradores de la tierra" y por eso les odia, y, obsesionado por sus pensamientos de inferioridad, utiliza a la hermosa Señora de Rênal, seduciéndola, para humillar a su marido, el apuesto alcalde de Verriores. Pero para el neurótico Julian esta victoria no es suficiente para saciar y compensar su sentimiento de inferioridad; él necesita ser rico y piensa que el más fácil camino para lograrlo se lo ofrece la carrera sacerdotal. Decide ir al seminario, abandonado, destrozado, el hogar de la familia Rênal. Tan solo en una ocasión tendrá un humano, aunque nostálgico recuerdo de la Señora de Rênal: "He sido un necio. Mis sueños sobre París no me dejaron apreciar aquella mujer sublime".

Cuanto Julian ingresa en el seminario considera a sus compañeros como campesinos y unos pobres diablos a los que desprecia, porque piensa que quieren ser algo a pesar que desde su infancia, en sus chozas, no habían comido carne más que dos o tres veces al año. Julian "consideraba a sus trescientos veintiún compañeros como otros tantos enemigos". Para los seminaristas Julian era un "burgués, orgulloso, mamarracho y maldito", a quien llamaban Martín Lutero "a causa de esa lógica infernal de la que tanto se enorgullece". Odian tanto a Julian sus compañeros que siempre buscan la manera de pegarle y él tiene que llevar siempre un compás de hierro para poder defenderse.

Pronto Julian sale del seminario aprovechando una oferta de trabajo, para ser secretario del rico y poderoso Marqués de La Mole. Julian convierte también este nuevo hogar en su propio campo de batalla, a pesar de ser bien acogido e incluso considerado por la familia del marqués y las personas distinguidas que visitan la casa. En esta casa, dice Stendhal: "jamás se le hería a Julian en su amor propio; pero, a menudo, al acabar el día, mientras cogía en la antesala su palmatoria, le entraban ganas de echarse a llorar", porque siempre llevaba dentro de sí el veneno provocado por los pensamientos de inferioridad.

Aquí también el "fin ficticio" de superioridad del neurótico Julian buscará el dominio y la humillación valiéndose de la seducción de Matilde, la hermosa hija del marqués de La Mole. Al seducir a Matilde sacrificaba a su prometido, un marqués, "hijo de un duque, y que será duque él mismo", mientras que cuando sedujo a la Señora de Rênal tenía como rival al alcalde de una pequeña ciudad y al Sr. Charcot, un innoble subprefecto que parecía interesarse también por ella.

Julian, después de superar muchas dificultades, conquista a Matilde, pero su carácter de "niño odiado" tan solo consigue sembrar odio y tragedia, a pesar de llegar a conseguir lo impensable, lo que cae fuera del alcance de la más elemental lógica de aquellos tiempos, al lograr casarse con la hermosa y distinguida Matilde.

Después de este largo episodio Julian no tendrá más oportunidades de compensar su sentimiento de inferioridad y de aplacar sus malsanos pensamientos. Los fríos muros de la cárcel serán antesala de la guillotina y última morada de Julian en esta vida.

Gran parte de la novela de Stendhal gira en torno al amor. Es aquí donde con mayor detalle se manifiesta el carácter neurótico de Julian. En las dos aventuras amorosas Julian escoge a las mujeres más hermosas, ricas y distinguidas del lugar y es así como quiere satisfacer su exagerado afán de sobrecompensación: "El rango de su amante parecía elevarle por encima de sí mismo", dice Stendhal en cierta ocasión. Una es la Sra. de Rênal, de unos 30 años, "alta, bien formada, que había sido la belleza de la región", de la que Julian piensa que "jamás había visto mujer alguna con tez tan deslumbrante y tan bien vestida, hablando además con semejante dulzura". La otra mujer es Matilde, hermosa joven de 19 años, hija del marqués de La Mole, Par de Francia y "el propietario más rico de la provincia". Según Julian para su "mano no sería la bastante noble un príncipe soberano". Además, Matilde era la prometida del apuesto marqués de Croisenois, y fue cortejada por el conde Claylus, el vizconde de Luz y varios jóvenes oficiales de brillante porvenir. Pero Julian los venció a todos y logró casarse con Matilde. Al seducir a Matilde su gozo se manifiesta en un grito de victoria: "Le he ganado la partida al marqués de Croisenois... Soy su igual... los méritos del marqués y los míos han sido puestos en parangón y es el pobre carpintero del Jura quien ha salido vencedor". El amor es una muestra más del estilo "agresivo" o "masculino de vida" del neurótico. Julian hace del amor un campo de batalla en el que se enfrenta a la mujer, a la que "observa como un enemigo con el que habrá de batirse" y a su hombre. Pero el amor es un "duelo" contra el hombre de la mujer y la victoria será mayor cuanto más importante sea la víctima. El neurótico, dirá Adler, utiliza una vil estrategia: "La tendencia a humillar a los hombres conquistando a sus mujeres" y es grande "la satisfacción que experimenta al sentirse superior al marido engañado por su causa". En su obsesión por conquistar a la Sra. de Rênal Julian se dice a sí mismo: "¿No sería una buena manera de burlarse de este hombre, tan colmado de privilegios por la fortuna, el tomar posesión de la mano de su mujer en su misma presencia? Sí; lo haré por tanto desprecio como me ha mostrado".

El amor para Julian es un "deber" que obedece exclusivamente a un sentimiento de inferioridad. Así lo expresa claramente Stendhal incluso utilizando los términos "sentimiento de inferioridad": "Julian pensó que era su *deber* conseguir que aquella mano no se retirase cuando él la tocara. La idea de un deber que cumplir y de un ridículo, o, mejor dicho, de un *sentimiento de inferioridad*, que quedará patente si no se lograba su propósito, desterró inmediatamente todo placer de su corazón" (Así termina el capítulo VIII del libro primero de la novela). Para el neurótico el plan es un deber que se ha de ejecutar necesariamente: "Julian era demasiado fiel a lo que el llamaba el deber, para dejar de ejecutar, punto por punto, el plan que se había trazado". Solo encontró felicidad auténtica junto a su amante en cierta ocasión en que dejó de pensar "constantemente en el papel que estaba representando".

El amor es para el neurótico una oportunidad para poner en práctica sus sentimientos obsesivos. Cuando Julian está a punto de seducir a Matilde piensa: "Nunca un pobre don nadie como yo, a quien el destino ha colocado tan abajo volverá a verse en una ocasión como esta; tendré nuevas conquistas pero ninguna como esta".

Cuando Julian consigue hacer el amor a Matilde confiesa tener un momento de debilidad, "por primera vez en su vida se reconocía arrastrado por el poder de la belleza"; pero pronto un neurótico pensamiento le invade: "no vaya usted a figurarse, señorita de La Mole, que me olvido de mi condición. Yo le haré a usted comprender y sentir que es por el hijo de un carpintero por quien hace traición a un descendiente del famoso Guy de Croisenois, que acompañó a San Luis en la Cruzada".

En el amor, el neurótico trata de entregarse lo menos posible, pero él exige una entrega total e incondicional, porque necesita dominar, someter, rebajar. Cuando Julian ama no busca el amor en sí, como un noble sentimiento del que hay que gozar. Todo su gozo está en POSEER, "poseer a una mujer tan noble y tan bella, él, un pobre ser despreciado y desvalido". Es "el orgullo satisfecho al ver en sus brazos, y casi a sus pies, a aquella mujer encantadora", lo único que le atrae a Julian.

El neurótico, según Adler, "no es apto para el amor... porque sus rígidos dispositivos no se apartan de la línea de su ficción" (Adler, *El carácter neurótico*, pág. 193). Cuando Julian logró seducir a la Sra. de Rênal "su alma se inundó de felicidad, no porque amase a la Señora de Rênal, sino porque acababa de terminar un horrible suplicio", el Terrible combate interior entre el deber y la timidez. Julian "nunca dejó de tener ante los ojos la idea del deber. Tenía un remordimiento atroz y un ridículo eterno si se desviaba del modelo ideal que se proponía seguir". Es por esto, por lo que el amor en sí le dice muy poco al neurótico y esta es la razón de que "por vehemente que fuera su cortejo amoroso, a partir del instante en que la mujer le correspondía, perdía todo atractivo para él" (Adler, *El carácter neurótico*, p. 174). Así, Julian cuando después de un gran empeño logró hacer el amor, por primera vez, con la Sra. de Rênal, al volver a su cuarto todo lo que pensó fue: "¡Dios mío! Ser feliz, ser amado, ¿no es más que esto?". Como muy bien dice Adler, el amor es para el neurótico "un simple medio en beneficio de su propio sentimiento de personalidad" (Adler, *El carácter neurótico*, p. 188), y, en otro lugar, Adler define el amor neurótico como: "una tentativa equivocada de liberarse de un sentimiento de inferioridad y procurarse un sentimiento de superioridad". Como equivocada que es tal tentativa, nunca consigue su objetivo. Además, los neuróticos -esto se ve claramente en Julian- no quieren dejarse llevar por el amor porque "ven una amenaza y un peligro en la atracción que sobre ellos ejerce la mujer, y en su propio sentimiento amoroso ven una esclavitud y una sumisión" (Adler, *El carácter neurótico*, p. 197).

El neurótico está "en permanente acecho de una posible preferencia por un rival y exige de la mujer toda clase de pruebas que le den seguro testimonio de su entrega" (Adler, *El carácter neurótico*, p. 180). Julian siempre está alerta, en guardia, dispuesto como un centinela de primera línea, equipado con unas sensibles antenas. Las suspicaces y supersensibles antenas de Julian, atentas para evaluar y comparar acontecimientos a través de la perspectiva de su exacerbado sentimiento de inferioridad e inseguridad, le hacen contemplar la vida como un "complot" de todos los demás contra él. Cualquier inocente mirada, cualquier sonrisa podía agitar sus neuróticos pensamientos. Una mirada de la Sra. de Rênal que él no controló le hace reaccionar: "¿Pensará sustituirme por otro?... claro que, según dicen, es así como actúan estas grandes damas". La franca sonrisa de Matilde en una reunión le hace a Julian pensar que al amarle pretende "burlarse" de él, que es "un pobre secretario de su padre" y que todo es un espectáculo que estos nobles tienen montado para reírse de él: "quieren perderme y burlarse de mí".

El amor es, para el neurótico, un escudo protector. "Esta mujer ya no puede despreciarme", piensa Julian, después de haberla conseguido. El amor es una

salvaguarda para el sentimiento de inferioridad. Al estar en casa del Sr. Rênal, Julian piensa: "me interesa conquistar a esa mujer porque si alguna vez hago fortuna y alguien me reprocha haber sido un simple preceptor, podría dar a entender que el amor me habría impulsado a ello". Julian conserva las sinceras y amorosas cartas de Matilde, no para gozar leyéndolas una y otra vez, sino para poder exhibirlas, como arma de defensa en el momento en el que cree que su orgullo puede ser herido, para ello encarga, en secreto, hacer ocho copias de cada una y se las deja a su único amigo, Fouqué -un joven maderero que vivía en la alta montaña que domina a Verrières- para que se las guarde y, en caso de algún problema, las mande a los periódicos más importantes y los ejemplares restantes los eche por las calles de Verrières para que todos puedan leerlos.

Muchos son los actos de amor concretos que obedecen a esta neurótica necesidad de compensar su sentimiento de inferioridad. En cierta ocasión, estando Julian con la Sra. de Rênal y otra distinguida dama, esta le pregunta si no tenía otro nombre que el de Julian. El, humillado, por no saber que responder, se dice a sí mismo: "un hombre como yo tiene el deber de reparar este fracaso", y aprovechando el momento en que pasaban de una habitación a otra, se consideró obligado a dar un beso a la Sra. de Rênal. Esta fue la extraña manera de compensar su sentimiento de inferioridad en este momento.

Según Adler, el neurótico no exhibe "*ni un solo rasgo de carácter original*". Cuando Julian Sorel quiere seducir a la Sra. de Rênal actúa de acuerdo a las confidencias de su amigo Fouqué y "de lo poco que había leído sobre el amor en la Biblia". Basándose en esto "se trazó un plan de campaña muy detallado", que cuando lo puso en práctica resultó ser muy torpe: "la señora de Rênal no salía de su asombro al verle tan torpe y al mismo tiempo tan audaz". "¡Es la timidez del amor en el hombre de talento!" se dijo a sí misma con alegría.

Para conquistar a Matilde, Julian sigue al pie de la letra las instrucciones que le da un extraño confidente, el príncipe ruso Korasoff. Cuando vacilante da los primeros pasos Julian se da fuerza diciéndose: "hay que seguir al pie de la letra el consejo del príncipe". Cuando en cierta ocasión se le presenta un acontecimiento imprevisto él es incapaz de imaginar una original solución y exclama: "¡Ay, Korasoff!, ¡Por qué no estará usted aquí!, ¡Cómo necesitaría unas palabras que me orientaran!"

El amor del neurótico no es sincero, y por ello no es duradero; en cierta ocasión "la felicidad de Julian estuvo a punto de convertirse en algo duradero. Faltó a nuestro héroe el atreverse a ser sincero", aclara Stendhal.

El amor del neurótico va acompañado de toda clase de pensamientos negativos. Esto es patente en la obra que comentamos, en la que gran parte del contenido son los pensamientos de Julian. Respecto al amor, él piensa que es "un amante subalterno"; "un criado que desempeña las funciones de amante"; "ante los ojos de esa mujer no soy de buena cuna"; "¡Qué ridículo debo haber parecido a esta muñeca parisina!"; "¿me amarás?"; "Pero ¿cómo habré podido inspirar tal amor, yo, tan pobre, tan ignorante, tan de baja crianza, y a veces tan rudo en modales"; "¿sabe Dios cuantos amantes habrá tenido. Tal vez solo se decida por mí a causa de la facilidad de las entrevistas". "¡Así son las gentes ricas! -piensa Julian- humillan a uno y luego creen que pueden reponerlo todo con unas cuantas monerías". Para él son "monerías" todos los detalles de aprecio sincero y consideración que recibe de estos "hombres ricos". Por todo esto Julian no puede disfrutar del logro. En su insaciable voracidad todo le es insuficiente porque todo lo interpreta mal.

Según Adler los comportamientos "cuando adquieren una cierta intensidad, pueden ser considerados como síntomas de un carácter neurótico, es decir, como forma de expresión de una tendencia reforzada al aseguramiento, como manifestación de la energía compensadora de un exacerbado sentimiento de inferioridad" (Adler, *El carácter*

neurótico, p. 86). El neurótico utiliza constante y exageradamente todos los recursos de que dispone. Julian aprende así de memoria libros enteros de la Biblia y de los clásicos, también aprende a usar la espada y a disparar una pistola y como un "joven temerario" o un "intrépido suicida" se sube una y otra vez a un caballo hasta sostenerse, seguro, encima. Es por esto por lo que, en cierta ocasión, Norbert le dice a su hermana Matilde cuando vuelven a casa: "te presento a un audaz loco".

Es costumbre del neurótico apoyarse en sus conquistas sobre algunas frases imperativas. Un gran repertorio de ellas tiene Julian que le llevan al ejecutar impulsivamente las acciones más comprometidas: "¡hay que subrayar!", "¡debo besarla!", "¡Tengo que cogerle la mano!", etc. Lo que previamente se imponía debía ser ejecutado de la forma y en el momento preciso, sin tener en cuenta que las circunstancias sean adversas. Cuando decidió conseguir a la Sra. de Rênal, imponiendo su capricho a la timidez y al sentido común, pensó: "A las diez en punto haré lo que he estado pensando todo el día o subiré a mi cuarto y me saltaré la tapa de los sesos". Con frecuencia, después de terminar algo Julian se pregunta: "¿He hecho bien mi papel?".

Stendahl es un maestro al describir lo que Adler llama "tretas automatizadas" o estrategias en el campo de batalla de la vida y, concretamente, en el amor. Julian se dice a sí mismo: "el amor propio siempre en guardia"; "es imprescindible llevar un diario de asedio, de lo contrario acabaré olvidando mis ataques", "el avance es seguro e inmenso; pero ¿qué pasará mañana? En un instante puedo perderlo todo"; "el enemigo no me obedecerá hasta que no me tema; solo entonces le será imposible atreverse a despreciarme"; "hay que ejecutar punto por punto el plan preconcebido".

El neurótico al iniciar cualquier aventura tiene que luchar contra su propia imagen desvalorizada bajo el peso del sentimiento de inferioridad. Teme adoptar cualquier nueva decisión; toma cada paso que da como un examen que tiene que superar. Al iniciar las relaciones con Matilde, Julian piensa: "¡En qué locura me voy a meter!". Pero, el afán de compensar su sentimiento de inferioridad, le hace pensar: "si no acepto, me despreciaré a mí mismo. Este hecho será toda mi vida un motivo de duda, y, para mí, tal duda es el más agudo de los tormentos". La necesidad de compensar el sentimiento de inferioridad es lo que le va a empujar a superarse a sí mismo.

Al neurótico nunca le es suficiente lo que hace porque, como dice Adler, su meta es "ficticia". Cuando con fuerza compulsiva Julian estrecha y retiene por primera vez la mano de la Sra. de Rênal, después de superar las enormes barreras de la conciencia de dama tan distinguida y piadosa, Julian piensa que no ha sido suficiente: "he retenido la mano demasiado poco tiempo para que pueda suponer que he ganado algún terroro". En realidad Julian retuvo la mano el tiempo que quiso.

Es la Sra. de Rênal quien en una extensa carta describe con exactitud el amor neurótico de Julian: "Pobre y ambicioso, con la ayuda de la más consumada hipocresía y valiéndose de la seducción de una mujer débil y desgraciada, ese hombre trató de crearse una posición y ser algo... uno de los medios de que se vale para tener éxito en una casa es el seducir a la mujer que en ella goce de mayor crédito. Encubierto con apariencia de desinterés y sirviéndose de frases de novela su gran y único objetivo consiste en llegar a disponer del dueño de la casa y de su fortuna. Tras sí suele dejar la desgracia, los remordimientos eternos...".

La vida de Julian Sorel es, a la vez, el fatal destino de un neurótico y el trágico final de su amante. La muerte en la guillotina es símbolo de separación de la cabeza y el cuerpo. El instrumento poderoso (cabeza) se separa del ejecutor (cuerpo) por falta de armonía mutua. Es la gran inteligencia de Julian la que agitada por el exacerbado sentimiento de inferioridad le hace estar continuamente maquinando las más variadas estrategias, aunque con la característica rigidez de un neurótico. "El espíritu de Julian estaba casi de continuo en el país de las ideas", dice Stendahl. Y en otro lugar: "En aquel

estado de imaginación trastornada se empeñaba en juzgar la vida a través de su imaginación. Este error es propio de un hombre superior".

Cuando Julian muere, a los veintitrés años, deja a Matilde deshonrada y sin pudor. Su prometido el marqués de Croisenois perece en duelo por defender el honor de Matilde. De él dice Stendhal: "uno de los hombres más dignos de ser amados de París halló la muerte sin haber cumplido aún los veinticuatro años".

En la última página Stendhal describe así el patético entierro de Julian Sorel: "Matilde siguió a su amante hasta la tumba que había escogido. Numerosos sacerdotes escoltaban el féretro, y a escondidas de todos, sola en su coche, enlutado, fue llevando sobre sus rodillas la cabeza del hombre a quien había amado tanto. Llegados así en plena noche, hasta el lugar más elevado de uno de los altos montes del Jura... quiso enterrar con su propias manos la cabeza de su amante...".

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adler, A. (1912). *El carácter neurótico*. Buenos Aires: Paidós.
Adler, A. (1917). *Práctica y teoría de la psicología del individuo*. Buenos Aires: Paidós.
Adler, A. (1921). *El conocimiento del hombre*. Madrid: Espasa-Calpe.
Adler, A. (1931). *El sentido de la vida*. Barcelona: Luis Miracle.
Adler, A. (1930). "La psicología del individuo", en P. Janet y otros. *La psicología profunda*. Buenos Aires: Paidós. PP. 55-76.
Stendhal (1831). *Rojo y Negro*. Barcelona: Planeta. 1990.